

Ilustración Artística

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

Año XXXIV

BARCELONA 11 DE ENERO DE 1915

Núm. 1.724



MONUMENTO A MESONERO ROMANOS, obra de Miguel Blay

recientemente inaugurado en Madrid. (De fotografía.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Historia de amor*, por M. Ferrandis Agulló. — *Valencia. Exposición del Círculo de Bellas Artes. — La guerra europea. — La festividad de los Reyes Magos en Barcelona y en Madrid. — La Niania* (novela ilustrada; continuación). — *Guatemala. Las Fiestas de Minerva. — Madrid. «La mano gris».* — *Los nuevos ministros conde de Esteban Collantes y D. Manuel de Burgos. — D. José Motta. — Los sitios de Przemysl. — Barcelona. En el Círculo Artístico. — Libros.*

Grabados. — *Monumento a Mesonero Romanos*, obra de M. Blay. — Dibujo de Calderé, que ilustra *Historia de amor. — Sacando la barca; Pequeño París; Jugando en el agua*, cuadros de E. Valls. — *Retrato de D. José M.^a Roig Babiera*, por B. Mongrell Muñoz. — *Rebelde*, cuadro de A. Fillol. — *La guerra europea* (doce fotografías). — *La fiesta de los Reyes Magos en Barcelona y en Madrid. — Guatemala. Fiestas de Minerva. — «La mano gris».* — *Nuevos ministros. — D. José Motta. — Barcelona. En el Círculo Artístico.*

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Al entrar en un nuevo año, el hombre reflexivo tiembla ligeramente del temblor de lo misterioso. — ¿Qué enigma, qué pavor, qué maravilla, qué estrago se esconden en esos trescientos sesenta y cinco días que hoy se inauguran? — piensa, al arrancar la primera hoja del bloque, en su calendario de pared. Ese bloque viene preñado de lo por venir. La tragedia duerme entre sus páginas sutiles. En un momento ignorado saltarán de ellas la admiración o el espanto, lo imprevisto o lo fatal, la sorpresa o la realización de las profecías...

Pero esta vez, no. ¿Qué experimentamos de hecho, ahora, al entrar en 1915? ¿Cómo definir nuestras sensaciones y nuestras inquietudes? Esta vez diríase que no queda margen al presagio y que, al salir de la fecha de 1914 para entrar en la siguiente, nos quitamos un peso de encima, recibiendo un notorio alivio. ¿Puede reservarnos el año nuevo una realidad más espantosa que la que nos deja en herencia el anterior? ¿No hemos de ver, en los doce meses que ahora comienzan la resolución del estúpido drama planteado sobre el viejo solar de Europa? Así lo anhela nuestro instinto y lo entiende obscuramente nuestra vaga esperanza. Y la efeméride ayuda también a esa sugestión de próximo desenlace.

Véase, si no, este centenario: 1815-1915. También fué el 1815 un año de desenlace supremo, el año de los Cien Días y de Waterloo. También se reacomodó entonces el mapa de Europa perturbado por la Revolución francesa, cerrándose definitivamente el período abierto en 1789, después de cinco lustros en los cuales la humanidad vivió y sufrió lo que no había vivido ni sufrido en cinco siglos. Otro ensueño de dominación universal acabó entonces, y un coloso cuya sombra se proyecta todavía sobre nuestro planeta, cayó encadenado como Prometeo sobre un islote del mar grande. Grandeza sobre grandeza. El águila triunfal necesita para espacirse la inmensidad de los cielos; el águila abatida, la soledad de una roca en medio de la inmensidad de las aguas.

¡Oh, Gloria! ¿Por qué tu precio han de ser la sangre, el dolor, las lágrimas de los hijos de Adán? ¿Por qué suerte de depravación hemos de colocar por encima de todas las empresas y superioridades la de la fuerza y el dominio, que son las de la espada y la muerte? Y, sin embargo, este es el hecho histórico. El laurel más alto se regó siempre con sangre, y el trono más eminente se cimentó sobre montañas de esqueletos. La poesía heroica y nacional de todos los pueblos creció, como una planta parasitaria, abrazada a las ruinas de la devastación y a los campos de las hecatombes. Y la Fama siguió a la Victoria, mucho más que a la virtud, a la santidad, a la inspiración, a la sabiduría, y a los demás valores espirituales que son bálsamo y consuelo de la vida terrena.

En virtud de esa misteriosa aberración histórica el genio más admirado fué siempre el del exterminio y el prestigio de más alcance el de la sangre vertida. Ante esa fascinación ha claudicado todo el mundo; han cedido todos los pueblos y todas las épocas, relegando a segundo término la ley moral y poniendo en una región aparte, superiores a esa ley o exceptuados de esa ley, a los grandes conquistadores que fueron también los grandes verdugos. He ahí al último: Napoleón. ¿Qué gloria moderna comparable a la suya? Y ¿por qué le admiró prosternada la tierra? ¿Por lo que hubo de verdaderamente sólido en su obra? ¿Por haber domado la hidra de la Revolución y vuelto a la razón y a la disciplina un pueblo enfurecido? No. Eso era asunto particular de los franceses. La humanidad admiró en Napoleón la potencia fatal del genio, como una de las fuerzas elementales de la naturaleza que caen más allá del bien y del mal, y gozó la belleza del espectáculo aun costada a precio de su propia carne, a precio de millones de existencias, como goza el de un volcán que vierte su lava y sus cenizas sobre los Herculanos y

Pompeyas de la historia. Y esa historia anda todavía perpleja y no acaba de pronunciar su fallo; atónita aun ante el rastro de luz que dejó el fulgurante cometa:

*Dall'Alpi alle Piramidi,
dal Manzanare al Reno,
di quel securo il fulmine
teneva dietro al baleno;
scoppiò da Scilla al Tanai,
dall'uno all'altro mar.
Fu vera gloria? Ai postere
l'ardua sentenza...*

*La procellosa e trepida
gioia d'un gran disagno,
l'ansia d'un cor, che indocile
ferve pensando al regno,
e l'giunge, e tiene un premio
ch'era follia sperar,
tutto ei provò: la gloria
maggior dopo il periglio,
la fuga, e la vittoria,
la reggia, e il triste esiglio,
due volte nella polvere
due volte su gli altar.*

Han pasado cien años desde aquel en que cayó el titán rendido y en que se deshizo, como débil espuma, el formidable Imperio de sus conquistas. El mundo conoció entonces, por postrera vez, el pasmo de lo fabuloso y vió cara a cara la epopeya. Dejó morir en Santa Helena al último de los semidioses y parecieron extinguirse en él las sagradas estirpes mitológicas por medio de las cuales lo eterno comunicaba con lo mortal. Pareció también extinguirse el genio de la Discordia heredado del mundo antiguo, primer manantial de todas las leyendas y de todas las inspiraciones.

Como repercusión centenaria de esa fecha ¿qué hallamos? La guerra más grande que se vió jamás por su extensión territorial, por el grupo de las naciones comprometidas en ella, por el número de combatientes puestos en armas, por los medios de destrucción que tienen a su alcance, por la intensidad de la cultura y de la riqueza sobre las cuales ejerce su estrago. Habíamos creído despedirnos de las edades bélicas con sólo despedirnos de un famoso caudillo, y la guerra, al cabo de cien años, ha vuelto más formidable que nunca, más feroz que nunca, más cruel y salvaje que nunca para ofrecer su roja libación al ídolo caído en los campos de Flandes en 1815.

Así empieza para el mundo el nuevo año y a su tenebrosa incertidumbre ha debido añadir Barcelona otra parte de aquella trilogía que ya descubrieron los antiguos al asociar a la guerra el hambre y la peste. De 1914 quedará aquí un mal recuerdo: cerca de dos mil barceloneses habrán pagado tributo a una calamidad, y otros tantos hogares, visitados por la infección tifódica, muestran el hueco doloroso que la muerte ha dejado en ellos.

Cuando estas líneas vean la luz podrá considerarse por fortuna extinguida la epidemia y vueltas las cosas a la normalidad. Con todo: el balance es tristísimo, y aunque una población como Barcelona no suele cambiar de aspecto con tanta facilidad como las ciudades de segundo y tercer orden, esta vez ha llegado a ser visible el cambio y hubo días de verdadera tristeza exterior, que se manifestaba en las calles, en los paseos, en los cafés y teatros.

Eso pasó, sin embargo, y ya casi nadie habla de lo que pasó. Yo no sé si se trata de un estoicismo peculiar a nuestra generación, de una indiferencia inculcable o de un cansancio de la atención pública, fatigada por el sinnúmero de sensaciones, novedades y sobresaltos propios de la vida moderna. En realidad no se tiene tiempo para pensar en tantas cosas y para preocuparnos de todo lo que debería ser objeto de nuestra atención. Tenemos la sensibilidad agotada, y la gente no quiere más que divertirse, o cuando menos aturdirse y distraerse. De aquí la atonía de la opinión que se observa actualmente y ese «tanto se me da» que oímos en todos los labios y observamos en todas las conductas, aun ante los problemas de mayor gravedad y urgencia para el país.

Dígame, si no, la cuestión sanitaria de Barcelona en la cual se han tocado las funestas consecuencias del desbarajuste administrativo que una política equivocada mantiene en los grandes municipios de la nación: relajación de la policía urbana, falta de disciplina en el personal, descuido y flojedad en todos los servicios de higiene, limpieza o salubridad; malos hábitos del mismo vecindario fomentados por el ejemplo de la administración y por la falta de autoridad y constancia en hacer cumplir los reglamentos y órdenes más leves... Todo eso se purga a costa de centenares de víctimas y, sin embargo, eso no sirve todavía de lección eficaz para decidirnos todos a la una, administrados y administradores, en pro de una enmienda radical y salvadora.

La indiferencia de unos y el tesón o amor propio

de los otros esteriliza la experiencia, no dejando sacar de ella ningún fruto de corrección. España y la misma Cataluña parecen haber perdido el don de la fijeza de ideas. Una extraña volubilidad flota sobre nuestro país privándolo de toda constancia, de todo esfuerzo sostenido, de todo espíritu de continuidad. Grita y protesta un instante; se enfurece alguna vez y se entrega a violencias pasajeras o inútiles. A los dos días, a las horas no se acuerda más del asunto y pasa a otra cosa, con su incoherencia de costumbre.

Y a fe que si la salud pública, que si la vida de dos mil individuos entre los cuales se cuenta la flor de una juventud llena de esperanzas, no bastan a tocar el corazón de los que rigen y de los que son regidos para que depongan unos todo interés bastardo y otros toda indiferencia suicida no ya ante el patriotismo, sino ante el *egoísmo*, ante el interés de la propia conservación; si eso no sirve para volvernos al cumplimiento del deber y sanear lo maleado, habrá que perder definitivamente la esperanza en nuestros destinos y declararnos incorregibles, irreformables y necesitados de curatela ejemplar.

Claro es que con todo lo dicho, con la preocupación universal del mundo y la preocupación local de Barcelona, con la guerra europea y el tifus discutiendo por las cañerías de Moncada, la vida barcelonesa se ha resentido no poco de tales circunstancias y no ofrece tema de comentario que con ellas no se relacione. Las mismas fiestas de Navidad han carecido este año de aquel bullicio, de aquella franca alegría, de aquella animación que convertía las calles en torrentes humanos. Los teatros o tuvieron que cerrar sus puertas o han arrastrado una existencia penosa, sin público y sin alicientes.

La verdadera temporada intelectual y artística puede decirse que comienza ahora, si es que realmente ha acabado la epidemia y no rebrota el día menos pensado, lo cual no hay que suponer. Todo quedó como en suspenso durante los últimos dos meses: estudios, libros, conferencias, estrenos, exposiciones. Sobre esta actividad, ya paralizada en cierto modo por efecto de la guerra, ha recaído la parálisis motivada por el estado de la salud pública. Estamos en una época interina, de indecisión, para el pensar, el escribir, el actuar.

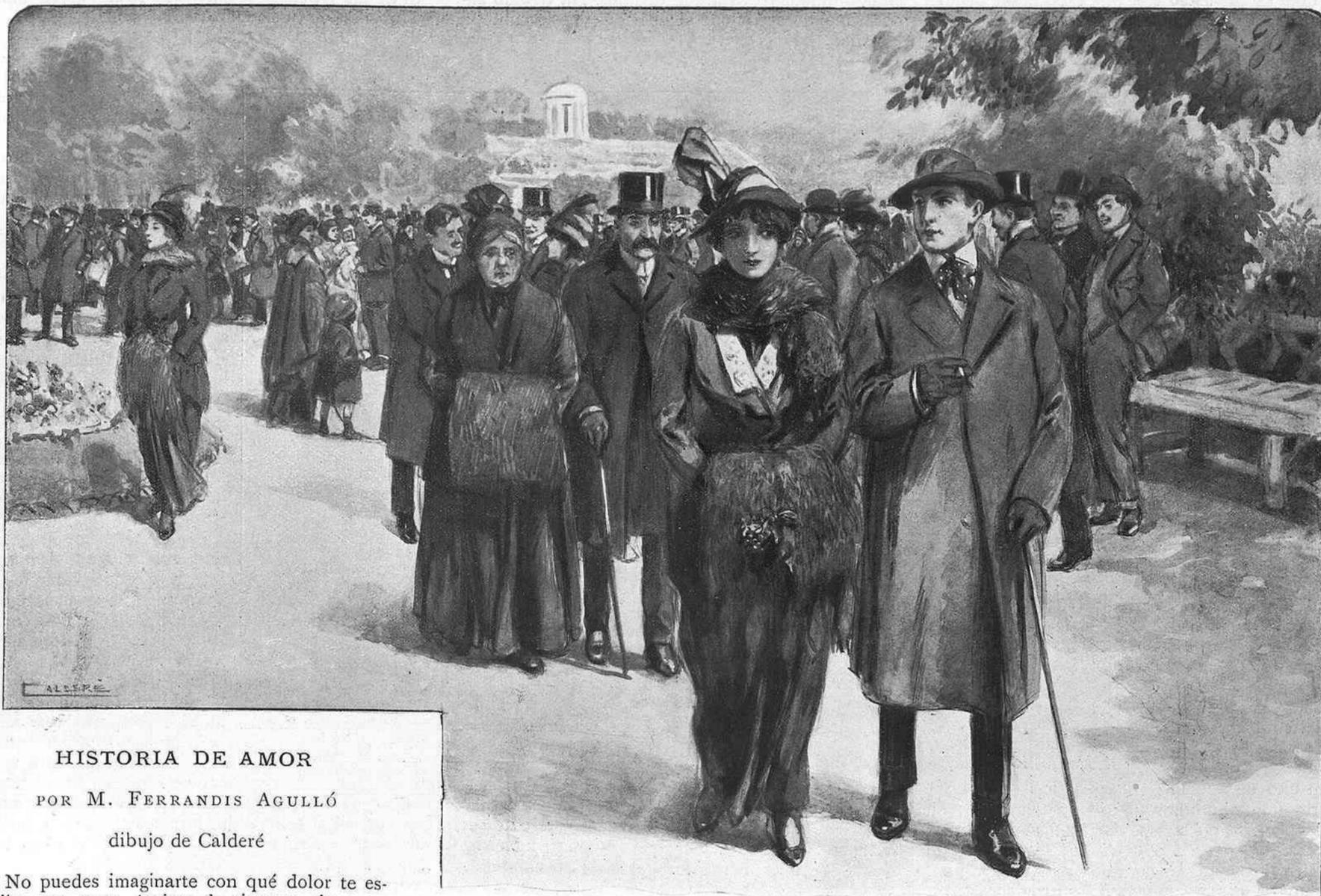
No sabemos cómo quedará el espíritu humano después de la guerra, qué derroteros emprenderán las ideas y, por lo tanto, si lo que hoy produzcamos vivirá más de un día cuando venga la paz, por pertenecer ya a un mundo desaparecido, a un sistema de ideas y sentimientos derogado para siempre. Además, la producción artística y literaria necesita en primer término serenidad: serenidad personal en el autor; serenidad ambiente, en lo que le rodea. ¿Quién se abstrae con la abstracción requerida por las grandes obras sabiendo que allá, en las trincheras y en los mares, caen cada minuto y cada segundo vidas y vidas de nuestros hermanos segadas en flor; que la sangre humea en los campos; que el dolor se retuerce sin asistencia en los despoblados, y la agonía deja oír sus estertores en las ambulancias y en los hospitales?

La visión es demasiado horrible y demasiado continua para que no se convierta en obsesión y para que el escritor o el artista puedan entregarse libremente, reposadamente, a un trabajo desinteresado de toda actualidad. Así las letras propiamente dichas suspenden su curso como una arteria que se contrae a la vista de un espectáculo horrible. Acaso se incuban ahora alguna de las creaciones que señalarán el nuevo período, como se incubó *Atala* en los bosques americanos, y rodó después su manuscrito por los campamentos de Bélgica y por las buhardillas de Londres durante la expatriación, para no aparecer sino ocho o diez años más tarde, en los comienzos del siglo XIX, como una hija tardía de las grandes aflicciones revolucionarias...

De esta manera también es fácil que germinen más tarde otras hijas del dolor, concebidas en el tedio de los campamentos, en el insomnio de la miseria y la expatriación. La musa belga, dictando a los poetas adolescentes que ahora recoge la caridad de Inglaterra, ¿qué no podrán decirnos un día del horror de una patria devastada, de un hogar destruido, de una familia disuelta, de una general orfandad del espíritu y de la carne: de uno de los infortunios colectivos más emocionantes que haya jamás presenciado el mundo, atónito y conmovido?

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de



HISTORIA DE AMOR

POR M. FERRANDIS AGULLÓ

dibujo de Calderé

Ibamos juntos por el paseo y nos cruzamos con sus amigos

No puedes imaginarte con qué dolor te escribo esta carta. Amigas de siempre, sin separarnos desde los dichosos tiempos del colegio, acostumbradas a contarnos siempre todas nuestras cosas, entre aquellas risas locas que tanto incomodaban a nuestros padres, parece que no sepa cómo empezar.

Nadie ha sabido nunca como tú mi modo de sentir; jamás ningún secreto ha mediado entre las dos. ¿Sabré ahora, escribiendo, expresarte mi verdadero sentir? Tal vez no. Escaparán sin duda multitud de detalles; no podré explicarte los gestos, los tonos, las miradas que acompañaron a las palabras que pronuncié y a las que me dirigieron; faltarán seguramente todos esos pequeños detalles que parecen ser el alma de estas ínfimas y tristes tragedias del vivir.

No te explicarás que yo, tan alocada siempre, me exprese ahora con tal sentimentalismo. Todo lo comprenderás cuando te diga que ya no tengo relaciones con Enrique. Tú, que sabes lo que le quería, te harás cargo de mi dolor.

¿Cómo fué? Como únicamente pudo ser. De una forma muy rara. Verás.

Estaba yo ayer tarde en el mirador, esperándole como todos los días. Caía una fina lluvia. ¡Cuán bellos son estos tranquilos atardeceres de invierno en que llueve! ¡Cómo invitan al ensueño y al amor!..

Como tardara bastante, ensimismábame recordando los ratos de su adorada compañía; me acordaba también de ti, de otras tardes lluviosas como ésta que pasamos juntas entre los mismos cristales, cuando él antes de decidirse pasaba por la calle y se estacionaba en las esquinas mirando sin cesar...

Apareció por fin a lo lejos de la calle. Puedo asegurarte que me iba sobresaltando a medida que se acercaba. No sabría explicarte por qué; tal vez porque no le viera mirarme y sonreír como siempre, no sé. Conozco su carácter y esto me extrañó. ¿Qué le sucedería? ¿Algún disgusto? ¿Por mí quizás?

Así que le vi entrar por el portal, corrí yo misma a abrir la puerta. Y como me lo temí.

— Buenas tardes, me dijo secamente, sin mirarme siquiera.

No puedes figurarte la angustia que sentí. Sé que él no es capaz de fingir nada y no creí por lo tanto que se tratara de ninguna broma.

Pasó, saludó a mamá sin aquella afectuosidad que acostumbraba, y vino a sentarse a mi lado en el diván. Guardó silencio por unos instantes. Yo no podía contenerme más.

— ¿Pero qué te sucede, Enrique?, le pregunté.

— Nada; lo que ya podías esperarte, si es que desde un principio lo sabías...

No se atrevía a mirarme. Su voz temblaba insegura.

— Siempre te he dicho, siguió diciendo, que no debías tener ningún secreto para mí. Quisiste sin duda callarte el principal, y lo que en un principio pudo no tener importancia, verás ahora lo que te puede ocasionar. Digo; esto en el caso de que pudiera preocuparte el que yo no vuelva a verte...

Tal era mi sorpresa, que no acertaba el modo de atajarle.

— Dime a qué te refieres... Te aseguro, como te he dicho siempre, que ningún secreto tuve nunca para ti.

No sé en qué términos siguió la conversación. Lo cierto es que no pude saber el motivo de su disgusto; no decía más que vaguedades, evasivas, incoherencias. Tanto fué así, que llegué a pensar que se trataba tan sólo de un ardid para abandonarme. ¡Hazte cargo de lo que habrá pasado por mí desde aquellos instantes!..

Por más que lo intenté, no pude conseguir que me dijera lo que había llegado a sus oídos.

— ¿Pero puede quedar esto así?, le dije.

Y le supliqué con toda mi alma, le asedié a razones, lloré... Todo inútil.

— Volveré, te lo diré por carta... Veremos. Nada digas a nadie.

Y se marchó. Sus últimas palabras es lo único que me consuelan un tanto. Parecen darme a entender que aun me quiere. ¿Pero qué calumnia o infamia le habrán contado? Créeme que estoy pasando un verdadero martirio. ¿Tendría razón Aurora cuando nos decía que el amor era una de tantas tonterías que sólo decepciones deparaba? Yo no lo quiero creer... ¿Qué mayor dicha que la de amar y ser amada?..

Prometo escribirte con lo que ocurra. No te olvides de tu buena amiga que tanto te quiere y que tanto sufre...

**

Me he enterado de que Enrique no sale de casa desde el día que dejó de venir a verme. Me aseguran que siente una melancolía inmensa, que apenas habla.

Por fin me ha escrito una extensa carta en que me lo cuenta todo. Tiene sus motivos para haber hecho lo que hizo. Yo, aunque a ti sola te lo confiese, de haberme visto en su lugar, quizás no me hubiera podido sustraer de hacer otro tanto.

¿Qué ha sido? No te lo puedes imaginar. Muchas veces me he asustado de pensar lo malo que es el mundo; aunque nunca lo hubiera pensado, me hubiera convencido de ello en esta ocasión; hay que temerle de verdad. Y eso que no se trata más que de una broma. ¿Qué no sucedería si hubiera sido maldad desde un principio?

Proviene todo de antes de ser novios. Tú sabes que hace mucho tiempo conocía a Enrique, por sus frecuentes visitas a casa de Aurora. Recordarás también aquel feliz verano, que tantas veces bendije, que pasamos en Fuentesol.

Parece ser que Enrique, aunque ya me distinguía y apreciaba, no se hubiera atrevido por entonces a pedirme relaciones.

Tú recordarás los amigos que aquel año tenía Enrique en Fuentesol: Pertegás, Amado, Cebrián y otros que no recuerdo; unos poetas, pintores otros, a cual de todos más loco y aturdido y más lleno de genialidades, que aun procuraban hacer resaltar más por su calidad de artistas.

Pues bien; parece que fué idea de Pertegás... ¡Ay, cómo le odio desde que lo sé!.. Quisiera que no triunfara nunca, que todos los críticos se ensañaran con él en la exposición que está preparando.

Como se les ocurrió, así lo hicieron. Meditaron bien su plan y una de las tardes que estábamos en Carcalín lo pusieron en práctica. Con anterioridad, le habían hecho creer a Enrique que yo me desvivía por él, que me interesaba, que no me divertía en las excursiones o veladas a que él dejaba de asistir. Todo esto, dicho con la debida intención, hizo bien pronto el deseado efecto en Enrique, que, al decir de él, ya algún tiempo se preocupaba de mí.

Aquel día, procuraron algunos llegar a la fuente antes que Enrique.

Todo lo que aquella mañana pasó lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer.

— ¡Hola, Luisita! ¡Qué callado se lo tenía!..

— ¡Sin decir nada, la pícara!

— ¿Pero qué ocurre?, no pude menos que exclamar ante aquellas indirectas que no comprendía.

— Menos mal que sabe fingir, decía uno.

— ¿Pero es que usted cree que estas cosas pueden permanecer ocultas?, añadía otro.

Todas las amigas que estabais presentes os intriguasteis. ¿Qué sería? Y, naturalmente; por el deseo de no pasar vosotras por menos avisadas que ellos, la broma fué creciendo.

— Vaya por descubierto, Luisa, dijo por fin Amado. No le perdonaremos nunca que así trastorne a ninguno de nuestros amigos, al menos llevándolo tan calladamente. ¿Cómo se ha arreglado usted para preocupar tanto a Enrique?

— ¿A Enrique? ¿Yo?..

— Sí, señorita, usted.

— Le aseguro que...

— Usted podrá asegurar lo que quiera, no hemos de ponerlo en duda. Pero lo cierto es que Enrique, desde hace algún tiempo, no vive más que por usted; en el café, en casa, en la excursión: «¿Habéis visto a Luisa?» «¿Qué dice Luisita?» «¿Ha pasado Luisa?» No sufre, no se preocupa más que por usted... Por eso decimos nosotros: ¡No hay derecho, Luisa, a ensañarse así en uno de nuestros mejores amigos! No porque usted sea tan bonita ha de complacerse en atormentar a quien sabe que la quiere.

— Ni soy bonita, les contesté, aunque agradezco la galantería, ni me complazco en nada de eso, ni sabía que Enrique me quisiera. Pueden ustedes estar seguros de ello.

— ¡Claro! ¡Usted qué ha de decir!..

— ¡Naturalmente!..

Entre ellos, todo eran secretillos y risas. Vosotras, por no ser menos, lo comentabais también en voz baja y me acusabais de haber sido reservada. En verdad, yo nada sabía; pero tomó tal cuerpo la noticia, tal maña se dieron todos en hacerlo tema obligado de conversación (quizás porque no hubiera otro motivo que más interesara o distrajera), que el resultado no fué otro que el que los amigos de Enrique se propusieron.

Al llegar él y saludarme, como nadie apartara su mirada de nosotros para convencerse de si era o no cierto lo que se había hablado, yo no pude evitar la impresión; bajé los ojos y debí ponerme muy colorada. El se turbó también. Y, como es de suponer, pensaría sin duda lo que yo pensé:

— Pues es cierto lo que me decían...

Recordarás que desde aquel momento no dejamos de ir juntos casi siempre, de parecer novios de veras; que volvimos a la ciudad, que no tardó en arreglarse todo, y, por tanto, al poco tiempo, se había convertido en un verdadero noviazgo la estratagema del amigo pintor.

¿Qué te parece? ¿Puede ser más diabólica la historia? Esto es todo lo que Enrique creyó que yo sabía desde un principio y por esto estaba avergonzado.

De modo que el amor entre Enrique y yo, las ilusiones que nos forjamos, las locas ansias de vivir tan sólo el uno para el otro, nuestros ensueños, nuestra pasión, en fin, fué todo el efecto de una broma.

Nos llegamos a querer de veras, no porque naciera de nosotros, sino por la ocurrencia o ardid de unos amigos... ¿No crees que se habrán burlado mucho de nosotros? ¿No es esto un verdadero desencanto?..

Comprendo las vacilaciones, la pena de Enrique

en la última entrevista que tuvimos. Ha debido parecer mucho desde que algún indiscreto le contó la historia.

Si es que entonces te enteraste, te agradezco ahora la piedad de tu silencio...

¡Con qué alegría tomo la pluma para escribir esta carta!

Enrique ha vuelto. Hemos hablado. Me quiere y le quiero, y esto es lo único que nos puede importar. Ya soy feliz otra vez.

Ahora, cuando de nuevo le ven entrar en casa, mis papás sonríen. Nada han sabido de lo que pasó, y ahora, al vernos juntos otra vez, piensan sin duda:

— Ya pasó la nube.

Cosas de chicos...

Pero lo más doloroso del caso es que, tanto Enrique como yo, sentimos una gran melancolía. Parece que se haya roto el encanto de nuestra dicha. Aunque a nuestro pesar, pensamos siempre que nos amamos porque otros quisieron, no porque espontáneamente brotara de nuestra alma.

Comprendo que Enrique ha necesitado querirme mucho para volver.

¡Al menos no nos hubiéramos enterado nunca!.. Pienso ahora que tú también quizás te enterarás entonces. Si fué así, ¿por qué no me lo advertiste desde el primer momento?

Hoy ibamos juntos por el paseo y nos cruzamos con sus amigos, los de la broma fatal. Nos saludaron. Iban como abstraídos, sin hablar siquiera. Yo le dije a Enrique:

— Creo que lo que les hace falta a tus amigos es otra broma como la que ellos te gastaron.

— Tal vez tengas razón; pero a pesar de todo...

— No importa, añadí. Menos mal que nos hemos convencido de nuestro amor. ¡Ay de aquellos que nunca pudieron convencerse!.. ¡Seremos felices! ¡Yo te lo haré olvidar todo con mi cariño!..

El ha sonreído satisfecho. Ya ves que procuramos engañarnos y seguramente que por el tiempo todo podremos olvidarlo. Pero qué triste es lo que nos ha ocurrido, ¿verdad?

Ahora he comprendido que no es digno de piedad el que mata una ilusión...

Y que la verdad es sinónima del dolor.

Y que el dolor es la vida...

VALENCIA

EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES

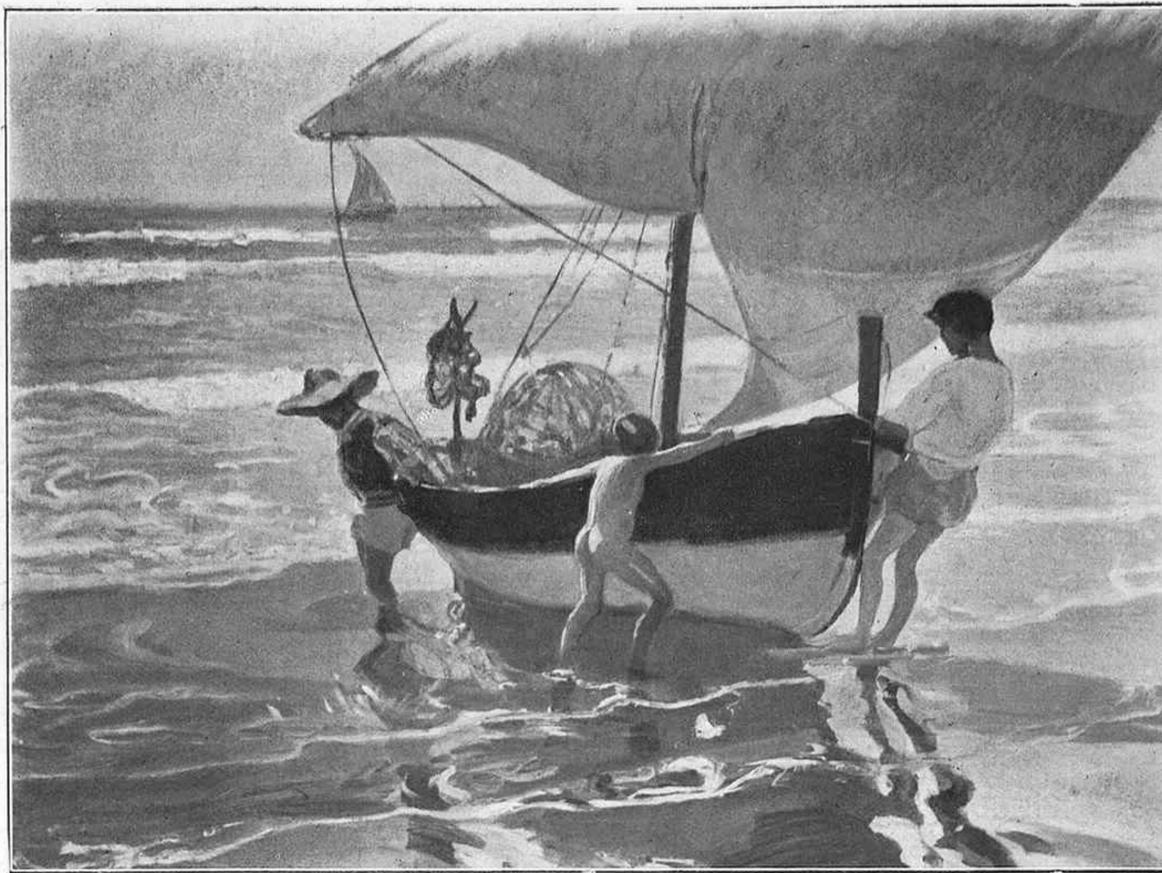
El Círculo de Bellas Artes de Valencia, esa entidad que en tantas ocasiones ha demostrado brillantemente la valía de los elementos que la integran y cuán perfectamente responde a los fines para los cuales fué creado, celebra en la actualidad una notable exposición de arte general.

Figuran en ella 98 cuadros, 26 esculturas y 45 obras de arte decorativo, y bien puede asegurarse que es una de las de mayor importancia artística organizadas desde hace mucho tiempo por el Círculo, pues si en otros certámenes ha habido más firmas de valía y mayor número de obras, en ninguna se habían juntado tantas de calidad tan igualmente buena.

La Exposición presenta en conjunto una nota plácida, agradable, armoniosa, reveladora del buen gusto de los artistas valencianos. No se ven en ella estridencias de composición, de dibujo ni de color, ni ninguna de esas extravagancias mal calificadas de modernistas; por el contrario, el dibujo está tratado con gran acierto, y el color ofrece tonalidades dulces y jugosas, formando todo ello un conjunto en extremo simpático.

No disponemos de espacio para hacer un estudio crítico de las obras que en la Exposición se exhiben, por lo que habremos de limitarnos a citar los nombres de algunos de los expositores cuyas producciones han llamado más la atención.

En la sección de pintura se leen las firmas de Agrasot, Benlliure, Cortina, Fillol, Pinazo, Pérez Brell, Romero Orozco, Mongrell, Novella, Andreu, Sigüenza, Verde, Stolz, Alcayne, Ramos, Ribelles, Aliaga, Barreira, Benet Aldas, Badenes,



«Sacando la barca», cuadro de Emilio Valls. (Valencia. Exposición del Círculo de Bellas Artes. — Fotografía Moróder.)



Retrato de D. José M.ª Roig Babiera, pintado por D. Bartolomé Mongrell Muñoz y que ha obtenido el segundo premio en la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Valencia. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

¡Pero yo entonces ya le quería!.. Hiciste bien, amiga mía; yo en tu lugar me lo hubiera callado también.

VALENCIA. - EXPOSICIÓN DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



Rebelde, cuadro de Antonio Fillol, que ha obtenido el primer premio en la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Valencia. (De fotografía de V. Barberá Masip.)

Clarós, Cuiat, García Ramón, Marcos López, Igual, Gil, Otero, Roig, Sanz, Urios, Valls, Ferrando y Caro.

En la sección de escultura, exponen notables obras Pinazo, Marín, Alemany, Gómez Bolinches, Marco, Martínez, Navarro y Vicent. En la sección de arte decorativo, figuran bellos trabajos de Sanmartín, Ramos, Novella, Barreira, Benlliure, Caro, Climent y Hernández.

Los premios otorgados en las secciones de pintura y escultura lo han sido en la forma siguiente:

Sección de pintura: primer premio, de 400 pesetas, al cuadro *Rebelde*, de Antonio Fillol; segundo premio, de 100 pesetas, al *Retrato de D. José M.^a Roig y Babiera*, de Bartolomé Mongrell; tercer premio, de 100 pesetas, al cuadro *Idilio*, de Ricardo Verde; cuarto premio, de 100 pesetas, a un *Retrato* de Benlliure Ortiz; quinto premio, de 100 pesetas, al cuadro *Cabeza*, de Manuel Benet; sexto premio, de 100 pesetas, al cuadro *El tío Pepe*, de Leopoldo García; y séptimo premio, de 50 pesetas, al cuadro *En el Miguelete*, de Ramón Stolz.

Sección de escultura: primer premio, de 400 pesetas, a don Vicente Navarro Romero; segundo premio, de 100 pesetas, a D. Julio Vicent; tercer premio, de 100 pesetas, a D. José M.^a Martínez; y cuarto premio, de 50 pesetas, a D. Francisco Marco.

La exposición ha sido un verdadero éxito, por el que han merecido generales y entusiastas plácemes el Círculo de Bellas Artes y la Sección de Exposiciones del mismo, que preside el celebrado pintor D. Manuel Sigiienza.



Pequeño París, cuadro de Emilio Valls. - Jugando en el agua, fragmento de un cuadro del mismo autor. (De fotografías de Moróder.)



Aspecto de Lodz, capital industrial de la Polonia rusa, después de la entrada de los alemanes
Vista de la calle de Petrokow, una de las más importantes de la ciudad

LA GUERRA EUROPEA

El resumen de las operaciones en el teatro de la guerra occidental durante la última semana puede hacerse en los mismos términos en que venimos haciéndolos desde hace mucho



El teniente general Erico de Falkenhayn, recientemente nombrado jefe del Estado Mayor alemán. (De fotografía.)

tiempo. En unos sitios atacan los alemanes y los aliados los rechazan; en otros, son éstos los rechazados; tan pronto son los aliados como los alemanes los que ocupan trincheras o posiciones del adversario; y unas veces es la artillería franco-belgo-inglesa la que apaga el fuego de las baterías germánicas y otras veces son éstas las que reducen al silencio a aquélla.

Los avances por una y otra parte son lentos, y se consideran como ventajas importantes las que permiten efectuar progresos de algunos centenares de metros y la captura de algunos centenares de prisioneros, cosa verdaderamente extraña tratándose de un frente de batalla de varios centenares de kilómetros en el que se cuentan por millones los combatientes.

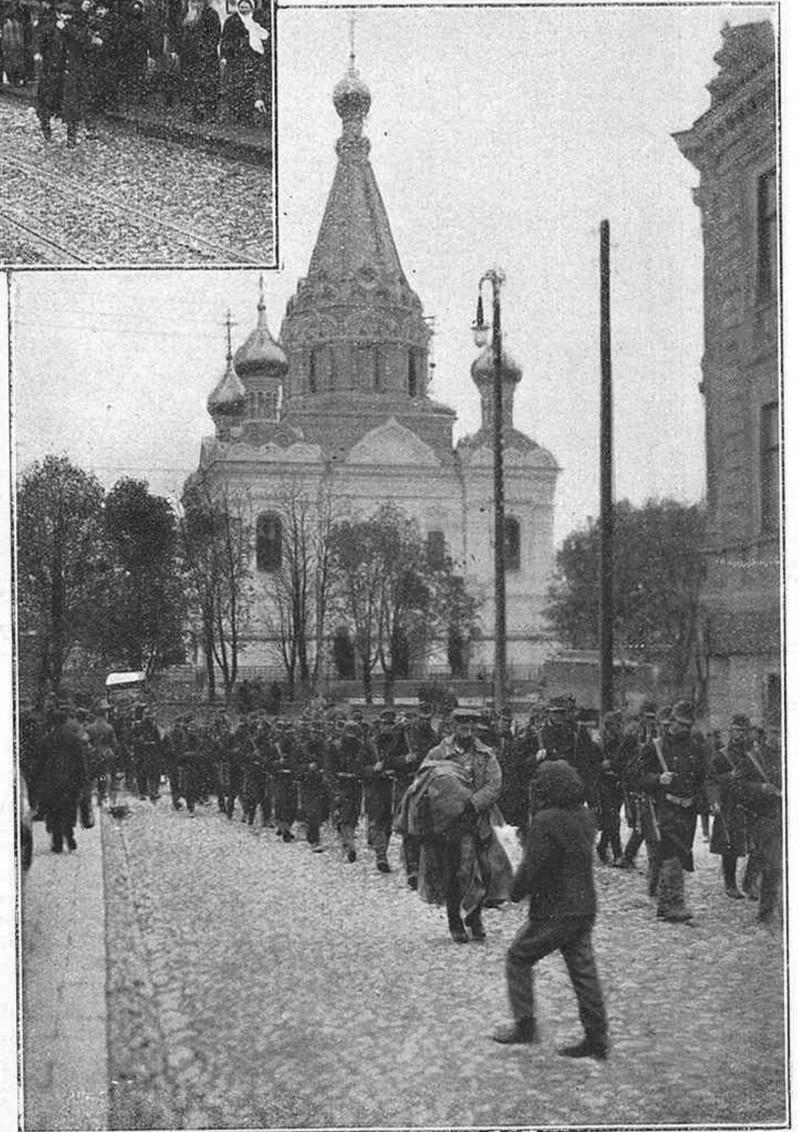
Como hechos más señalados, pueden mencionarse la toma por los aliados, después de reñidísimos combates, del pueblo de Saint-Georges, en Bélgica, y de parte del de Steinbach, en Alsacia. En este último, puede decirse, que han ido conquistando casa por casa de tal manera, que a los tres días de haber ocupado las primeras aun no eran dueños de toda la población. Los alemanes por su parte, en sus comunicados oficiales, afirman no haber perdido una sola casa en Steinbach y haber rechazado todos los ataques franceses.

La impresión general que de todas las noticias recibidas se desprende es que los aliados prosiguen, aunque lentamente, su avance en el extremo izquierdo de su línea y en algunos puntos del Argona; y que en otros puntos del Argona progresan, aunque también lentamente, los alemanes.

En la ofensiva de los aliados se ha notado estos últimos días alguna menor actividad, lo cual es debido, según se consigna en un comunicado oficial francés, a las lluvias incesantes que, ablandando el terreno, han hecho casi imposibles los movimientos y los transportes.

En el teatro de la guerra del Este, continúan luchando vigorosamente austro-alemanes y rusos, y continúan también

siendo contradictorias las noticias que de uno y otro bando se reciben. Según los alemanes, los rusos han abandonado algunos pueblos en la región de los lagos masurianos (Prusia oriental) y han retirado la mayor parte de las fuerzas que allí tenían; y en cambio los rusos dicen que en la Prusia oriental han rechazado la ofensiva alemana. En la Polonia rusa, los alemanes progresan en la región de los ríos Bzura y Rawka, y han rechazado importantes ataques rusos en la región de Inowloz, progresando también al Este y Sudeste de Tomasow y ocupando Borzymo, uno de los puntos estratégicos mejor fortificados del frente ruso y que los rusos han intentado en vano recuperar. Los rusos, a su vez, dicen que han contrarrestado los esfuerzos alemanes para avanzar hacia Varsovia; que han rechazado los ataques alemanes sobre el Vístula y contra la línea férrea de Skierniowice, y que han obtenido algunos importantes éxitos en Inowloz, éxitos que terminantemente niegan los comunicados oficiales alemanes. En la Galizia, los rusos



Los soldados austriacos en Radom (Polonia rusa), en donde han reemplazado a la guarnición alemana. Vista tomada delante de la catedral rusa. (Fots. Grosh.)

han emprendido una vigorosa ofensiva, haciendo notables progresos en la Galizia occidental, pasando el río Nida en su parte



En el teatro oriental de la guerra. - Columna compuesta de tropas austriacas y alemanas marchando al frente de batalla. (De fotografía de Grosh.)



Prisioneros servios capturados por los austriacos

retroceder en el desfiladero de Uzkok, ante el empuje de contingentes enemigos muy superiores en número.

Según noticias de Constantinopla, las tropas turcas obtuvieron una importante victoria sobre los

campo fortificado ruso de Sarvkavsh (Asia Menor) intentando tomarlo por asalto; los rusos se replegaron lentamente, pero habiendo recibido algunos refuerzos atacaron violentamente a los turcos, obligándolos a huir con enormes pérdidas; añaden que Enver, ante este fracaso, dimitió entregando el mando al general alemán von Sander y a Sajer Bajá.

En el Canal de la Mancha, un sumergible alemán lanzó un



Telefonista de campaña alemán. - Mujeres de la Bucovina que tienen sus esposos en la guerra, esperando noticias del teatro de la lucha. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)



inferior y avanzando en casi todo el frente, entre el Pilitza y el Vístula inferior; al Sur de Tarnow se han librado encarnizados combates, al parecer favorables a los rusos. En los Cárpatos occidentales, los austriacos confiesan que han tenido que

rusos en el valle del río Murad (Cáucaso), cogiéndoles cañones, municiones y prisioneros; y según noticias de Petrogrado, los rusos han contenido el avance de los turcos en aquella región. También de Petrogrado dicen que Enver Bajá atacó el

torpedo contra el acorazado inglés *Formidable* que se fué a pique a los cuarenta y cinco minutos, pereciendo una gran parte de la tripulación, y con ella el capitán y gran número de oficiales.

LA GUERRA EUROPEA



El rey Pedro de Servia acompañado de su Estado Mayor. (De fotografía de M. Rol.)

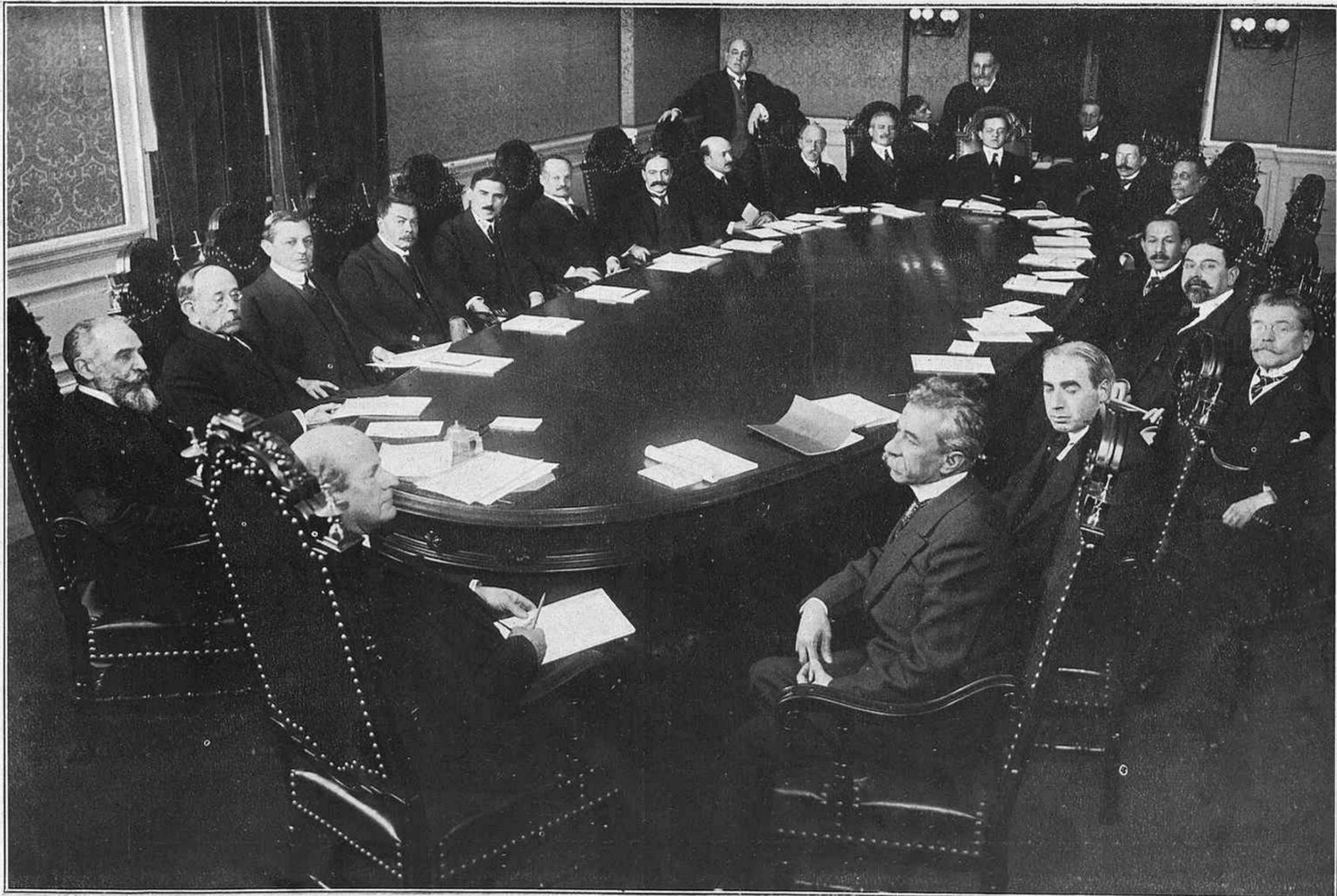


Curiosa escena en el mercado de Czentoschova (Polonia rusa), población que recientemente han ocupado los alemanes. (De fotografía de Haeckel.)

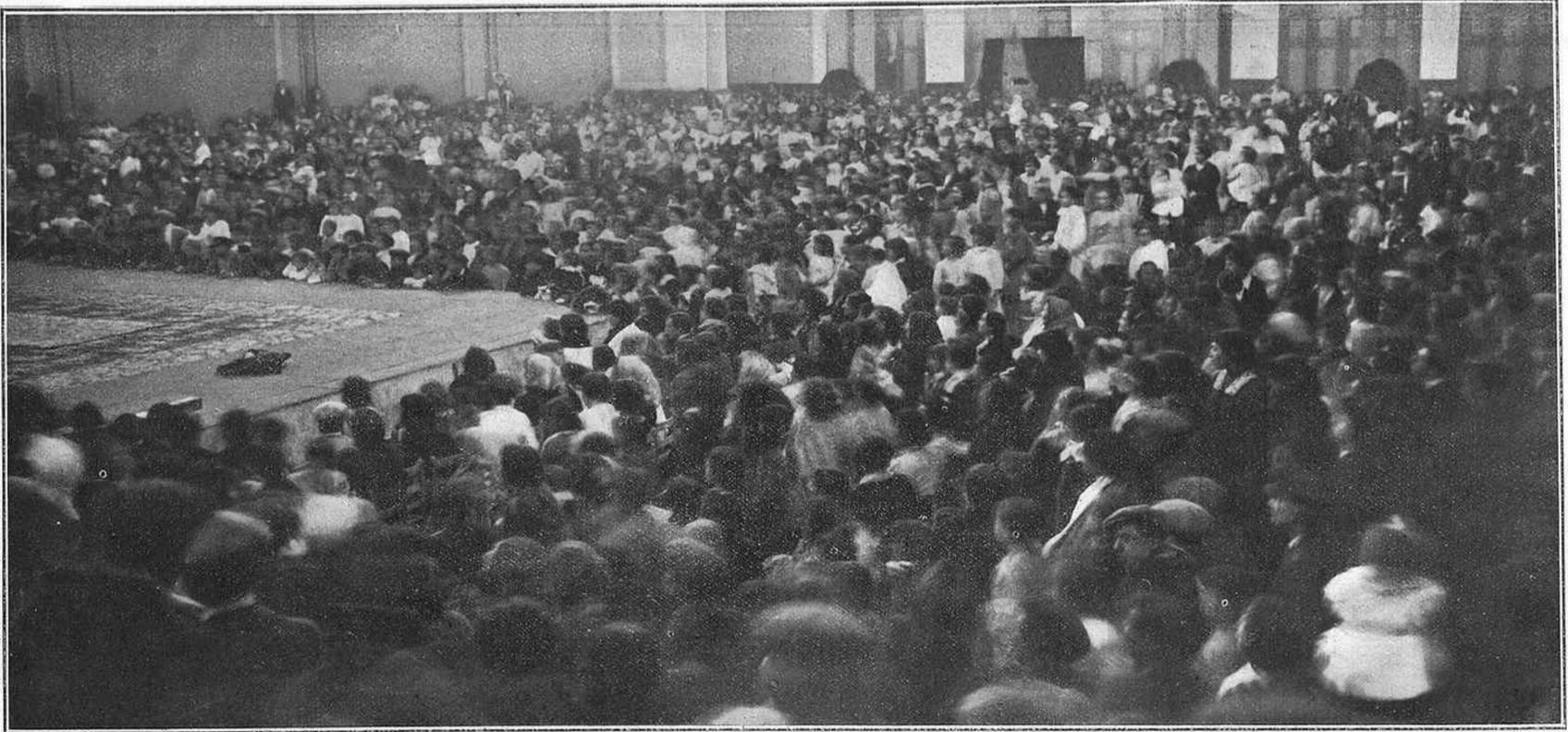
LA GUERRA EUROPEA



El Presidente de la República francesa Sr. Poincaré visitando a los heridos en un hospital de París. (De fotografía de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)



Washington. - Sesión celebrada el día 8 de diciembre de 1914 por el Consejo directivo de la Unión Panamericana para determinar la actitud que han de observar las repúblicas americanas en lo concerniente a la neutralidad. (De fotografía de Harris-Ewing.)



La fiesta de los Reyes Magos en Barcelona. - El salón del Palacio de Bellas Artes durante el festival y reparto de juguetes organizado por la Sociedad «Los Tranvías de Barcelona» en obsequio a las familias de sus empleados. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

LA FESTIVIDAD DE LOS REYES MAGOS EN BARCELONA

En el grandioso salón del Palacio de Bellas Artes celebróse la víspera de Reyes la fiesta con que todos los años obsequia a las familias de sus empleados la Sociedad «Los Tranvías de Barcelona».

Los niños, al entrar, recibían un paquete con la merienda y un valioso juguete.

La Banda municipal ejecutó un selecto programa, después del cual en un estrado se representaron varias atracciones y luego se proyectaron interesantes películas.

Finalmente procedióse al sorteo de juguetes de gran valor y algunas libretas de imposición en la Caja de Ahorros.

A la fiesta, que resultó muy brillante, asistieron el alcalde Sr. Boladeres, el secretario del gobierno civil Sr. Die en representación del gobernador, el delegado de Hacienda, un magistrado de la Audiencia, un representante del capitán general, el alcalde de Sarriá y otras autoridades, y muchas distinguidas familias de la buena sociedad barcelonesa, que ocuparon la galería del primer piso. El salón estaba totalmente ocupado por las familias de los tranviarios y ofrecía un hermoso y animadísimo golpe de vista.

El Sr. Foronda, gerente de «Los Tranvías de Barcelona» y organizador de tan simpática fiesta, recibió entusiastas felicitaciones.

LA FIESTA DE LOS REYES MAGOS EN MADRID

La cabalgata organizada por el Centro de Hijos de Madrid que en la noche de Reyes recorrió las principales calles de la corte obtuvo un éxito completo. Figuraban en ella los reyes Gas-

par, Melchor y Baltasar, camellos con las ofrendas de oro, incienso y mirra; heraldos, pajes, bandas de música, una carroza de la Estrella vistosamente adornada y ocupada por lindas jóvenes, otra Carroza de Navidad con un gran árbol de *Noel* y rodeada de gnomos, y varios camiones cargados de juguetes. Fué muy aplaudida en todo el trayecto, especialmente delante del Palacio Real, desde uno de cuyos balcones presenciaron su paso Sus Majestades los Reyes D. Alfonso y D.^a Victoria, a quienes el público aclamó con entusiasmo.

Al día siguiente, el Centro distribuyó millares de juguetes entre los acogidos en varios asilos y entre innumerables niños pobres de todos los distritos de Madrid.

En el Asilo de Vallehermoso procedióse al reparto de juguetes costeado por el senador Sr. García Molinas, habiendo concurrido a la fiesta, además de éste, la marquesa de Squilache, el gobernador señor Sanz y Escartín, el alcalde señor Prast, el presidente de la Diputación Sr. Díaz Agero, una comisión del Centro de Hijos de Madrid y otras personalidades distinguidas. Terminada la distribución de juguetes entre los 300 niños asilados, el Sr. Sanz y Escartín pronunció sentidas frases agradeciendo el donativo del Sr. García Molinas; luego se lanzaron en el jardín unos cuantos globos grotescos y se sirvió una merienda a los asilados ancianos.

En el Fomento de las Artes celebróse la festividad de los Reyes con un festival infantil organizado por el ilustre dramaturgo Jacinto Benavente y con un reparto de ju-

guetes. Después de una sesión de cinematógrafo, el Sr. García Sanchiz narró un cuento de Grimm y Benavente, ayudado por el actor R. Calvo y el literato Sr. Amado interpretó una comedia guñol.



Madrid. - Cabalgata de los Reyes Magos organizada por el Centro de Hijos de Madrid
Camellos conduciendo los juguetes



Madrid. - Reparto de juguetes en el Asilo de Vallehermoso. - Festival infantil y reparto de juguetes celebrado en el Fomento de las Artes organizado por D. Jacinto Benavente
(De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

LA NIANIA

NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE A. MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



.. sentada en un pequeño canapé, con la cabeza inclinada sobre el pecho, reflexionaba tristemente

Dournof no lo creía, y no tuvo necesidad de decirlo. Por lo demás, entre aquellos dos seres graves y altivos, las mentiras, aun aquellas que hubiesen podido decirse por caridad, para evitarse mutuamente una pena, eran desconocidas. Su amor estaba cimentado con una estimación sin límites, y esto era lo que le daba tanta fuerza.

- Antonina, dijo el joven después de una pausa, siento haberte unido a mí; yo hubiera debido comprender que no tenía derecho a hablar mientras no tuviese un nido que ofrecerte...; pero yo era demasiado joven para saber...

- ¡Yo no lo siento!, dijo Antonina tendiéndole la mano.

Él la cogió y la estrechó, pero sin llevarla a los labios. Sintiendo seguros uno de otro y temiendo enervarse, evitaban las caricias.

Detúvose un coche al pie de las ventanas y se alejó después de haber depositado a sus huéspedes.

- Es mi madre, dijo Antonina; hoy ha estado de visitas con mi padre. ¿Quieres hablarles?

Dournof extendió los brazos, y la cabeza de Antonina se apoyó un momento sobre su hombro.

— Suceda lo que sucediere..., ¿para siempre?, dijo.

— ¡Para siempre!, contestó firmemente Antonina.

Llamaron a la puerta de entrada. La Niania corrió al salón, a fin de prevenir a los jóvenes, pero éstos no tenían las sorpresas.

El señor Karzof y su señora entraron un momento después en el salón y manifestaron su satisfacción al ver de nuevo al joven después de su larga ausencia.

La señora Karzof era una mujer de cuarenta y cinco años, bajita, algo metida en carnes, activa, inteligente y limitada a la vez, como muchas mujeres rusas de su clase; inteligente en todo lo que era de su incumbencia, en todo lo que la rodeaba y se mezclaba con su vida, absolutamente limitada en cuanto se trataba de salir de lo particular para pasar a lo general. Era buena y quisquillosa, generosa y a veces rapaz, capaz de privarse de todo para aliviar un infortunio, e igualmente capaz de dejar morir de hambre delante de su puerta a un pobre en cuya pobreza no creyese — sin perjuicio de hacerlo enterrar luego por su cuenta y deplorar su error —, pero incapaz de corregirse gracias a esta lección.

La señora Karzof amaba a su hija y la perseguía sin cesar; a Antonina le gustaban los colores azules: su madre le hacía llevar trajes de color de rosa, so pretexto de que el color de rosa sienta bien a todas las muchachas. Si se ponían de moda los peinados aplanados, ella obligaba a Antonina a alisarse los cabellos, sin tener en cuenta que esto no se armonizaba con su rostro; de la misma manera que al año siguiente, hacía rizar sin piedad sus cabellos, de un metro de longitud, que nadie podía desenredar después y que era necesario cortar, todo porque alguna de sus amigas le había dicho que era la moda, y que no era posible peinarse de otra manera para ir al baile.

Antonina detestaba a la sociedad afectada y malévola de empleados de mediana estofa adonde la llevaba su madre; en cambio, le gustaba la libertad de buen tono que reinaba en casa de la señora Frakine. La señora Karzof hubiera deseado lo contrario; pero si la obligaba con frecuencia a ir al baile, no la prohibía nunca que fuera a los sábados de la buena señora. Mas como se aburría en casa de ésta, demasiado sencilla y demasiado franca para ella, enviaba a Antonina con su criada. La muchacha distaba mucho de quejarse de ello. Allí encontraba a Dournof el año anterior, pero el luto de éste y su ausencia le habían alejado aquel invierno, con gran sentimiento de toda la juventud; porque Dournof, con su manera de ser seria en todo, era, cuando llegaba la ocasión, el más jovial y animado de la banda.

Así es que la señora Karzof había acostumbrado a su hija a no hacer gran caso de sus decisiones; aunque Antonina no hubiese cesado nunca de dar a su madre los testimonios exteriores del respeto, ésta se sentía coartada por el dictamen de su hija; se lo había dicho más de una vez, no sin acritud; Antonina había contestado siempre con dulzura y urbanidad, pero bajo su deferencia aparente se ocultaba una firmeza inquebrantable, y la señora Karzof, que lo adivinaba, volvía de aquellas escaramuzas más resuelta que nunca a hacer la felicidad de su hija a pesar suyo, a divertirla a pesar suyo, a vestirla al revés de sus deseos, todo por su bien.

El señor Karzof era un buen hombre; es todo lo que de él puede decirse, puesto que nunca oídos humanos oyeron formular otro juicio sobre su persona. Cumplía mecánicamente sus deberes en su ministerio, visitaba a sus superiores, cobraba su sueldo, no estaba enfermo jamás, comía, salía y dormía a sus horas regulares, que le gustaba no tener que variar, y se remitía en todo y por todo al juicio superior de su mujer, con lo cual daba la mayor prueba de cordura que podía dar.

— Y bien, Feodor Ivanitch, dijo la señora Karzof quitándose el sombrero, después de haberse instalado en el canapé; le gustaba la comodidad en todo; ¿qué va usted a hacer ahora? Buscar un empleo en cualquier ministerio ¿verdad?

— No señora, no tengo tal pensamiento.

— ¿Entonces qué quiere usted hacer?, preguntó el señor Karzof con aire de asombro. La idea de que un hombre pudiese abstenerse de entrar en un ministerio le desconcertaba.

— Quisiera prepararme todavía durante un año o dos para seguir una carrera aun poco frecuentada.

— ¡Qué idea!, dijo el buen hombre. Haga usted como todo el mundo.

— ¿Se puede saber qué carrera es esa poco frecuentada?, preguntó la señora Karzof sonriendo.

— Ya no tengo interés ninguno en ocultarlo. Us-

tedes saben que el año próximo se va a abrir el Tribunal de urgencia.

— Sí, sí, dijo Karzof encogiéndose de hombros, se van a juzgar las causas en seguida, en el acto, sin expediente... ¡Qué estupidez!

— El tiempo le probará a usted, caballero, si, efectivamente, es una estupidez, dijo Dournof, considerablemente más parlamentario que no lo hubiera estado en otras circunstancias; mientras tanto, esta institución, que no tiene su equivalente en Inglaterra ni en Francia, por lo que toca a Alemania, no sé...

— Ni yo tampoco, interrumpió Karzof con aire de dignidad.

— Esta institución, que permitirá a las personas que lleven prisa terminar sus diferencias sin esperar los veinte o treinta años que dura actualmente un proceso, va a funcionar antes de un año.

— Sí, dijo Karzof volviéndose hacia su mujer, ¿sabes?, han construido en la Liteinaia un soberbio palacio, con una escultura encima de la puerta, el juicio de Salomón. ¡Qué lástima! ¡No va a servir ni una docena de veces!

— Pues bien, Feodor Ivanitch, repuso Karzof, ¿qué relación hay entre el juicio de Salomón y el empeño de usted en no querer servir como funcionario del Estado?

— Es que se necesitarán jurisconsultos libres para examinar rápidamente los expedientes, aconsejar a los clientes, y, más tarde, se necesitarán abogados para defender las causas ante los tribunales de lo civil y de lo criminal.

— ¿Abogados? ¿De esos que mangonean y enredan los asuntos de unos y otros, hincando la uña a derecha e izquierda?, dijo la señora Karzof haciendo ascos.

— No, señora, esos de quienes usted habla eran los antiguos abogados; estos otros de que hablo yo serán los nuevos.

— ¿Se les pagará para que hablen?, preguntó la señora Karzof.

— Precisamente.

— ¿Y usted quiere ser uno de éstos?

— Como usted dice.

Los esposos se miraron mutuamente con una especie de conmiseración burlesca para el infeliz que debía estar tocado de la cabeza.

— ¿Se gana dinero en eso?, preguntó el señor Karzof con aire de superioridad.

— Ciertamente se ganará mucho.

— Pues bien, cuando usted lo haya cobrado, venga a enseñarnoslo, por curiosidad, dijo el buen hombre en conclusión, riendo y volviéndose hacia su mujer, que se echó a reír con él.

Todo esto no era muy alentador. Antonina, que no había abierto la boca desde la llegada de sus padres, levantó los ojos sobre Dournof para ver cómo lo tomaba: él la contestó con una sonrisa de buen humor y una clara mirada llena de ánimo y de ternura.

— ¡Vivir para ver!, dijo a los esposos Karzof. Mientras tanto ¿serían ustedes incapaces de dar su hija en matrimonio a un hombre resuelto a crearse una fortuna brillante y rápida, pero que por el momento poseyera poca cosa, aparte de su buena voluntad?

— ¡Jesús!, exclamó la señora Karzof. ¿Qué nos cuenta usted? ¡Dar nuestra Nina a un hombre sin fortuna! ¡Esto sí que sería una locura!

Antonina se volvió hacia su madre.

— ¿Aunque vuestra hija le amase?, dijo ella con calma.

— Gracias al cielo, creo haberte educado bastante bien para que no tengas semejantes caprichos, replicó la madre con una acritud que no prometía nada bueno; y dirigió a Dournof una mirada de enfado.

Éste vió que era preciso hablar, y se levantó.

— Caballero, señora, dijo, yo amo a su hija desde hace dos años; creo que no le soy indiferente, y les aseguro que conmigo no sería desgraciada. ¿Quiéren ustedes dármele por esposa, con su bendición?

— ¡Después de lo que usted acaba de decir!, exclamó la señora Karzof; pero, amigo, eso sería simplemente una locura.

— Un acto de demencia, rectificó el señor Karzof.

— Confieso, replicó Dournof, que hice mal en chancearme hace un rato, pero estoy seguro de un porvenir brillante, y tendría más ánimo si Antonina me ayudase a alcanzarlo marchando a mi lado en la vida.

— Entre usted en un ministerio, y veremos, dijo la madre.

— En un ministerio, joven, añadió el padre; ahí y sólo ahí es donde se llega a los honores y a la fortuna.

Tocó con la mano la cruz de Santa Ana que lle-

vaba al cuello, colgada de una ancha cinta, para indicar los honores, y paseó una mirada satisfecha por su salón, para aludir a la fortuna. Dournof reprimió una mirada de desprecio.

— Si Antonina quiere que yo entre en un ministerio, dijo, estoy dispuesto a obedecerla. ¿Quiere usted?

Se dirigió a ella con tanta amargura que, a punto de decir que sí, tuvo miedo de disgustarle. Antonina sabía muy bien que Dournof se había enamorado de ella por su paciencia, su perseverancia, su energía moral, y que abandonándose a una debilidad, desmerecería a sus ojos. Con el corazón lacerado, mostró un rostro tranquilo, le miró con resolución y dijo:

— No.

— ¡Has perdido el juicio!, exclamaron entonces los dos Karzof, y empezaron una escena que duró dos horas y media. ¡Entre usted en un ministerio! Tal era su primero y último argumento.

— Pero, objetaba Dournof, si me consagro al servicio del Estado, no podré ocuparme en las cuestiones de derecho de que depende mi porvenir. Si he tomado mi licenciatura y trabajado ocho años no ha sido para rascar papel en una oficina.

— Podrá usted hacer las dos cosas al mismo tiempo, profirió el señor Karzof como última concesión; conozco, en mi propia oficina, un joven muy inteligente; escribe *vaudevilles* para el teatro ruso, es decir, arregla vaudevilles franceses para la escena rusa, y lo hace con muy buen éxito. Además, ha sido condecorado, y el año pasado obtuvo una gratificación.

— ¿Por sus servicios al Estado o por sus vaudevilles?, preguntó Dournof, cuyo humor de muchacho travieso reaparecía de vez en cuando en las circunstancias más graves.

— No sé..., no sé..., eso no es cuenta nuestra, contestó Karzof, un momento desconcertado.

— Usted está empleado en el ministerio de la justicia, dijo Dournof. Pues bien ¿cree usted que su joven condecorado se ocupa concienzudamente en los asuntos del ministerio cuando tiene una comedia en ensayo? ¿No sale de la oficina antes de la hora reglamentaria? ¿No llega tarde a ella? ¿Consentiría usted eso a un hombre que no hiciese vaudevilles?... No, señor Karzof, el que quiere servir al Estado, y por consiguiente a su país, debe dedicarse con todas sus fuerzas a un solo objeto, al que ha elegido. Yo he elegido una carrera que no es la de empleado de ministerio, y voy a ser más útil a mi país que si hiciera de escribiente durante largos años... No quiero defraudar al Estado haciéndome pagar por un servicio mal hecho... y no quiero destruir mi carrera consagrandole lealmente mis fuerzas a un servicio para el cual no tengo afición ni aptitudes.

Había hablado con tanto calor, con tanto fuego en los ojos, que los Karzof se quedaron cortados.

— ¡Bien, muy bien!, dijo el señor Karzof; piensa usted noblemente, joven.

— ¿Entonces me concede la mano de Antonina? exclamó Dournof con entusiasmo.

— Jamás, mientras no cambie usted de modo de pensar, replicó la señora Karzof. Sus pensamientos son muy nobles, como su manera de obrar; pero no se puede ser feliz sino con la fortuna. Mi madre me casó con el señor Karzof a quien yo no amaba; esto diciendo, dirigió una mirada afectuosa al anciano sorprendido; yo hubiera preferido un pequeño boquirrubio que me había levantado de cascos; ¡pues bien!, siempre me he felicitado de haber tenido una madre tan cuerda y tan prudente, pues con mi marido nunca me ha faltado nada, gracias a Dios, mientras que con el otro... me hubiera muerto de hambre.

— ¿Entonces no me deja usted esperar por ahora?... preguntó Dournof cansado de girar tanto tiempo dentro de un mismo círculo.

— ¡Entre usted en un ministerio! Tan pronto como tenga una plaza siquiera de 1.500 rublos, le daremos a Antonina, y esto porque es usted un buen muchacho, porque hace tiempo que le conocemos y porque es amigo de nuestro Juan; pues nunca habíamos pensado tener un yerno de tan poca fortuna. ¡Antonina podía aspirar a un coronel por lo menos, si no a un general civil!

— ¿Cuando yo tenga 1.500 rublos de renta, me la darán?, insistió Dournof, pronto a retirarse.

— Si está usted en un ministerio, sí, porque usted sabe, Feodor Ivanitch, que las administraciones particulares viven y mueren, eso de las consultas y toda su enrutada tienen alzas y bajas; sólo el servicio del Estado es eterno.

— ¡Como la necedad humana!, pensó Dournof. Pues bien, sea, dijo él al fin; ustedes saben que soy un hombre serio... ¿No me cierran la puerta, verdad?

— ¿Por qué?... empezó Karzof.

Su mujer le interrumpió. Hacía un momento que estudiaba a su hija y reconocía con júbilo que su ex-

terior no presentaba ninguna de las señales que indican a una joven enamorada. Ni lágrimas, ni desmayo, ni exclamaciones de ternura; el rostro de Antonina apenas había palidecido; cierto es que su tez mate y poco colorada variaba poco hasta en sus grandes emociones; pero la señora Karzof, que había gemido mucho en su tiempo, era incapaz de adivinar la tempestad que bullía bajo aquella aparente indiferencia.

— ¿Por qué no?, dijo ella; nuestro Juan dice que es usted para él un amigo inestimable; el amigo de nuestro hijo será siempre el bienvenido en nuestra casa. En cuanto a Nina, esa idea se le irá de la cabeza, si es que penetró en ella; es una muchacha inteligente; sabe que la queremos mucho, y nunca ha sido terca.

En esto la señora Karzof mentía a sabiendas, pues llamaba a Antonina terca al menos una vez por día, pero estimaba inútil enterar de ello a un extraño, y sobre todo a un hombre que podía llegar a ser su yerno.

Antonina iba a contestar, pero una seña de Dournof le hizo guardar silencio. Mientras les permitiesen verse, la vida sería soportable. El joven saludó pues a los viejos, estrechándoles la mano como de costumbre; tendió también la mano a Antonina, y su apretón valía un juramento.

Después salió, diciendo:

— Hasta la vista.

— ¿Qué significa eso?, exclamó severamente el señor Karzof. ¿Cómo pudiste permitir a ese tarambana?..

— Deja el asunto en mis manos, amigo mío, dijo en seguida su mujer: hablaré con Nina, es preferible. La madre sabe hablar mejor con las muchachas, y el padre con los muchachos; está en el orden natural, instituido por Dios y por las leyes.

Ante esta hermosa frase el Sr. Karzof murmuró un majestuoso «¡Muy bien!» y se fué a ponerse su bata, por la cual suspiraba hacia tiempo.

La señora Karzof llevóse a su hija a su cuarto, y allí, mientras se quitaba también su arnés de ceremonia, no sin muchos suspiros, interrogó a Antonina sobre todos los puntos. ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo habían empezado aquellos amores? ¿Qué había dicho Dournof? ¿Había estado siempre respetuoso?

— Nunca me ha besado la mano, contestó fríamente Antonina.

— Es que..., hija mía, la reserva virginal de las muchachas...

La buena señora habló de la reserva virginal durante media hora, sin edificar mucho a Antonina. Terminado el sermón, la señora Karzof añadió:

— Todo eso son tonterías; a ninguna señorita le conviene casarse con un hombre sin fortuna, con un filántropo — esta palabra, para la digna señora, designaba una especie de innovadores muy peligrosos — se casa con un hombre de situación, con un general, con una «estrella» y un buen sueldo, y es feliz; al menos está segura de que sus hijos no se morirán de hambre.

La señora Karzof hablaba en el desierto. La cordura burguesa era letra muerta para Antonina; ésta amaba, lo cual hubiera bastado para hacerla sorda a aquellos consejos; pero, además, había oído repetir tantas veces aquellas máximas que formaban parte de una especie de catecismo para uso de las madres de familia de la clase media, que de antemano le daban asco. Nada de agosto ni elevado salía jamás de aquellos labios sin embargo muy respetados. Antonina sufría por todo ello, pues hubiera querido venerar a su madre y sólo podía amarla.

La muchacha sufrió, pues, silenciosamente, su ducha de buenos consejos y de amonestaciones prudentes, besó luego la mano que se la administraba y se retiró a su cuarto, a fin de estar sola y reponerse de tantas emociones; pero la soledad no le hizo gran bien, pues al final de todas las pruebas que el porvenir podía reservarle, no veía brillar ningún rayo de esperanza.

III

El sarao de la señora Frakine estaba en su apogeo; en el salón principal cuyas paredes se hallaban recubiertas de papel blanco y liso, una quincena de bujías iluminaban los animados rigodones; unos veinte jóvenes y una docena de muchachas, parecían haber olvidado que las noches de baile tienen sus mañanas siguientes. Pero, a esa edad, se desconoce el cansancio, o, si se hace sentir, se ríe uno de él, y se vuelve a las andadas para hacerlo pasar. Un viejo criado entró con una bandeja cubierta de copas y de tazas de te.

— ¡Llévate eso!, ¡fuera te!, exclamó uno de los bai-

ladores; eso impide bailar, eso absorbe tiempo, y luego se tiene demasiado calor.

— ¡Pero tendrán ustedes sed!, articuló en el comedor la voz de la señora Frakine, que se hallaba instalada con dos o tres mamás delante de un samovar gigantesco.

— Beberemos kuas, contestó una joven.

— Y luego nos dará usted de cenar, ¿verdad?, gritó de lejos otra voz masculina.

— Sí, hijos míos, como siempre.

— ¿Habrá queso?

— ¿Y arenques?

— ¡Sí, y ternera fiambre!, dijo triunfalmente la señora Frakine.

Al anuncio de aquel festín delicioso, las cabriolas volvieron a empezar con más animación que antes en el salón vecino, y la buena señora explicó a las mamás asombradas de aquel lujo insólito, que aquella mañana misma había recibido un cuarto de ternera de su pequeña finca y la había hecho asar inmediatamente, para que su bella juventud, como ella decía, se regalase.

— Y precisamente, terminó al ver entrar a Dournof, he aquí al hijo pródigo que viene a comer su ternera tradicional.

— ¡Ah!, ¿hay ternera?, dijo Dournof con aquel buen humor que no le abandonaba nunca; ¡qué ganga! ¿Le ha caído a usted alguna herencia?

— ¡Mala lengua!, contestó la señora Frakine: ¡pues no va a echarme en cara mi pobreza! ¿De dónde sale usted sin avisar?

— Llego del gobierno de T...

— ¿Cuándo?

— Esta mañana.

— ¡Ah!, dijo la señora Frakine mirando hacia la puerta.

Antonina, que tocaba el piano en el momento de entrar Dournof, acababa de ceder su puesto a otra mártir del deber social, y apareció en la puerta.

— ¿Va usted a volverse?, preguntó la vieja señora al muchacho que acababa de sentarse en un canapé antiguo y carcomido, al lado de ella.

— No...

Antonina se acercó, y, sin mostrar timidez ni confusión alguna, sentóse junto a Dournof. Las señoras hablaban entre sí tomando el te. El joven se inclinó hacia su vieja amiga y le dijo a media voz:

— ¿Sabe usted que esta tarde me han negado su mano?

— ¿Cómo?, exclamó absorta la señora Frakine.

— Me la han negado porque no he querido entrar en un ministerio.

— ¿Cómo?, repitió la buena señora, más estupefacta que nunca.

Dournof no pudo contener la risa.

— Como usted oye; pero eso no impide los sentimientos, ¿verdad, Antonina?

Su situación de pretendiente desposeído le daba un nuevo aplomo; ya no tenía necesidad de disimular ni miedo de venderse, y experimentaba cierta alegría en confesarse enamorado de la muchacha.

— ¡Y bien!, ¿qué van ustedes a hacer, pobres hijos míos?, dijo la señora Frakine mirándolos con una bondad compasiva.

— ¡Esperaremos!, contestó alegremente Dournof.

Nadie los observaba; el joven cogió la mano de Antonina y la guardó en la suya bajo la mirada benévola y triste de la buena señora.

— Nos amamos bastante para esperar.

— ¿Mucho tiempo?

— ¡Sólo Dios lo sabe!, contestó Dournof echando sus ondulados cabellos hacia atrás. Vamos a bailar el vals, añadió levantándose.

Había abandonado la mano de Antonina; pero, en el umbral de la puerta, le ciñó la cintura con su brazo y atravesó la multitud de jóvenes que se habían quedado sin pareja y miraban bailar a los demás.

— ¿Ya bailas?, le dijo un camarada poco caritativo, haciendo alusión a su luto todavía reciente.

— *Vita nuova*, querido, le contestó Dournof por encima del hombro; era gusano y me convierto en mariposa, y, además, cada cual coge la felicidad donde la encuentra.

Hecha esta contestación bastante enigmática, se puso a bailar el vals como si la vida no hubiese tenido para él más objeto que dar vueltas a compás en un salón.

Cuando hubo llegado la hora de retirarse, Juan Karzof, que había venido muy tarde, después de la ópera italiana a la cual era apasionadamente aficionado, salió con su hermana y un grupo de jóvenes, que vivían todos a poca distancia unos de otros. Dournof los acompañaba, y, aprovechando el éxtasis en que la música había sumido a su amigo, enfrascado entonces en una acalorada discusión con un ca-

marada, se acercó a Antonina. La noche era hermosa, la casa de los Karzof no estaba lejos; iban a pie; los novios hablaron un momento juntos.

— Necesito acostumbrarme a mi nueva situación, dijo Dournof; estoy como un coronel sin regimiento, o como un cura sin parroquia; soy un novio sin novia...

Antonina volvió vivamente la cabeza hacia él. Bajo la capucha que le cubría la cabeza, leyó un reproche en el brillo de sus ojos.

— Sin novia a los ojos de los demás. Puedo confesar en voz alta que te amo, pero ¿puedo decir que tú me amas a mí?

Ella vaciló un momento, y contestó luego francamente:

— Puedes decirlo, puesto que es verdad.

Dournof la miró y sintióse orgulloso de ella.

— Veo, continuó la muchacha, que lo mejor es poner nuestra confianza en la amistad y el honor de los que nos rodean: si parecemos desconfiar de ellos, alguna palabra maliciosa llegará a oídos de mis padres. Si no ocultamos nada, estoy segura de que todos harán lo posible para protegernos.

— Tienes razón, exclamó Dournof, admirado de la lógica juvenil de aquel razonamiento audaz. Empecemos en seguida. ¡Amigos!, añadió en alta voz.

Los cinco jóvenes que marchaban al lado de Juan se detuvieron en torno de él.

— Tú, el primero, continuó Dournof, ya sabes que amo a tu hermana y que me la niegan; te apena esa negativa, y hasta aquí habíamos vivido como hermanos...

— Y esto continuará hasta el fin de nuestras dos vidas, interrumpió Juan.

— Tu hermana no quiere someterse al fallo de sus padres...

— Tiene razón, dijo Juan cogiendo el brazo de su hermana bajo el suyo.

— Pues bien, amigos, a vosotros, que os alegráis de encontrar auxilio en una situación semejante, os declaro que Antonina y yo seguimos considerando como novios, mientras llega el día en que un cambio en mi fortuna me permita reclamarla. Os comunicamos esta noticia, porque nos parece más digno de la amistad y del honor el obrar francamente con vosotros. ¿Vais a protegernos contra la calumnia, y preveniros de los peligros que pudieran amenazarnos sin que lo sepamos?

— Juramos, dijo una voz joven y vibrante de emoción contenida; juramos defender a la juventud y al amor contra la obstinación interesada de la vejez.

— ¡Lo juramos!, repitieron los demás.

Se encontraban entonces sobre uno de los innumerables puentes que cortan los canales de Petersburgo; la ciudad dormía; apenas, de trecho en trecho, se oía el rodar de un coche tardío; sus voces resonaron, frescas y jóvenes.

— ¡Hurra!, gritaron alegremente, volviendo a ponerse en marcha.

— Van ustedes a hacerse meter en la prevención por alteración del orden nocturno, dijo Juan, pero de todas maneras les doy las gracias.

— Gracias, dijo Antonina con su voz dulce, dando la mano a cada uno de sus defensores.

A partir de aquel momento, si alguno de ellos había sido seducido por su hermosura y por su gracia, ahogó este sentimiento para siempre: Antonina era sagrada para ellos puesto que pertenecía a Dournof. En adelante, tuvo a su alrededor una especie de batallón sagrado para defenderla, y fué, en efecto, defendida contra la maledicencia por la presencia de aquellos cinco hombres que le fueron igualmente adictos y a ninguno de los cuales distinguió ella particularmente.

Mientras la juventud complotaba contra ellos, los señores Karzof, con la cabeza sobre la almohada, esperaban la vuelta de sus hijos, proyectando también sus planes maquiavélicos, a la pálida claridad de la lámpara que ardía delante de santas imágenes.

— Créeme, amigo mío, decía la señora Karzof mirando pensativa su bata colgada de un clavo en el fondo del cuarto; — ordinariamente fijaba la vista en aquel objeto cuando reflexionaba —; créeme, he observado muy bien a Antonina mientras Dournof hablaba; nuestra hija no está enamorada de él. No es así como una muchacha enamorada recibe la notificación de una negativa.

— Pero, hizo observar Karzof, con más razón de la que hubiera podido suponersele, quizá su manera de estar enamorada no es igual a la de las otras.

— ¡Calla, hombre! Todas las muchachas son iguales. ¿Te acuerdas de Verita cuando no querían casarla con el hijo del cura de la iglesia de Kazán? ¡Cómo gritó, lloró, se negó a comer y todo lo demás!

(Se continuará.)

GUATEMALA.-LAS FIESTAS DE MINERVA

Dos hermosas fases presentaron en el año 1914 las ya famosas Fiestas de Minerva de Guatemala. Fué la una el cumplimiento del decreto reciente



Medallón de bronce con el busto del Presidente de la República de Guatemala D. Manuel Estrada Cabrera, que fué solemnemente descubierto en el Palacio de la Ciencia de Guatemala por decreto de la Asamblea Nacional Legislativa. (De fotografía remitida por el Dr. José Agurdia.)

de la Asamblea Nacional Legislativa que manda colocar en cada uno de los Palacios de Minerva, erigidos en las Cabeceras Departamentales, el busto, en alto relieve, del Sr. Lic. D. Manuel Estrada Cabrera, presidente constitucional de la República, como justo homenaje tributado al fundador de dichas fiestas. Reproducimos una fotografía del medallón en bronce descubierto en el Palacio de la Ciencia, en la capital del país, el 25 de octubre último, día principal consagrado a las Minervalias. El medallón es una obra de mérito artístico que condensa el cariño



Una escena de *La mano gris*, melodrama de Mac-Raulor, estrenado con buen éxito en el Teatro Price, de Madrid. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

de la nación hacia el gobernante ilustre que ha logrado, a fuerza de inflexible trabajo y patriotismo, mantenerla en paz y encaminarla por la senda del verdadero progreso, esto es, no sólo el del desenvolvimiento material, sino el más intenso y perdurable, el del desarrollo intelectual y moral de la niñez y de la juventud, que son quienes han de consolidar y

mantener mañana incommovible el lábaro de la libertad social de Guatemala.

Fuó la otra fase la plegaria colectiva por la Paz, acto de verdadera emoción y de inapreciables enseñanzas. Reunida a las ocho de la mañana del propio 25 de octubre - día de gala para padres, hijos y maestros - toda la niñez y la juventud estudiosa de la capital, en la Plaza de Armas, y antes de principiar el gallardo, marcial y pintoresco desfile que lleva a los niños al Palacio de la Ciencia: en medio de inmenso concurso de personas de todas categorías y condiciones, y respondiendo al convite que para el efecto hizo de antemano un Comité de señoras y caballeros de lo más culto de la sociedad, se procedió al acto, que puede ser llamado justamente majestuoso, de elevar a Dios una férvida plegaria para que derrame la paz sobre las naciones, y preferentemente sobre las que hoy sufren en Europa los más inconcebibles horrores de la guerra. Con religioso respeto fué escuchado el orador, uno de los más famosos jurisconsultos del país, quien, en un discurso vibrante y conceptuoso, llamó a la paz y a la concordia a los pueblos con aquellas sublimes palabras: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Un himno inimitable, por salir de las bocas y de los corazones infantiles, resonó como complemento del glorioso salmo, en medio de la más reverente unción. Al mismo tiempo se elevaban en todas las iglesias plegarias al Todopoderoso con el mismo laudable objeto.

MADRID.-«LA MANO GRIS»

En el Teatro Price se ha estrenado con muy buen éxito *La mano gris*, melodrama policíaco, del género de *Sherlock Holmes*, que tanta popularidad ha alcanzado.

Imposible es explicar en pocas palabras el argumento de esta obra, complicado como el de todas las de la misma índole; baste a nuestro objeto decir que en él abundan las escenas violentas, que hay robos de documentos diplomáticos, cartas comprometedoras, secuestros, suicidios, asesinatos y todos los demás episodios que suelen constituir la trama de producciones escénicas de este linaje, y que naturalmente todas las infames maniobras de los malvados se ven al fin destruidas merced a los ingeniosos recursos del protagonista, el policía Nick Carter, obteniendo los malos el condigno castigo y los buenos la merecida recompensa.

La compañía que dirige el popular actor Ramón Caralt ha representado con mucho acierto *La mano gris*, que ha sido puesta en escena con gran lujo y propiedad.

LOS NUEVOS MINISTROS CONDE DE ESTEBAN COLLANTES Y D. MANUEL DE BURGOS

Recientemente han entrado a formar parte del ministerio que preside D. Eduardo Dato los señores conde de Esteban Collantes y D. Manuel de Burgos, encargándose de las carteras de Instrucción Pública y de Gracia y Justicia respectivamente.

El conde de Esteban Collantes, uno de los periodistas más antiguos y más ilustres de la corte, estuvo, desde que se formó el partido liberal conservador, al lado de D. Antonio Cánovas del Castillo, quien, al hacerse la Restauración, premió sus servicios llevándolo a su lado como subsecretario de la Presidencia. Posteriormente fué consejero de Estado y se le designó para altos puestos diplomáticos que él no quiso aceptar; y después de haber sido varias veces diputado y senador electivo, Cánovas lo nombró senador vitalicio.

Muerto Cánovas, el conde de Esteban Collantes formó parte del grupo del duque de Tetuán y al morir éste siguió solo en su puesto y no quiso más tarde afiliarse al partido del Sr. Maura, permaneciendo aislado en política.

De este aislamiento salió al encargarse del gobierno el Sr. Dato, a quien ofreció desinteresado concurso, sin querer admitir cartera alguna ni altos puestos y aceptando únicamente la presidencia de la Comisión del Mensaje en el Senado. Su elevación al ministerio de Instrucción Pública es una merecida recompensa a su larga carrera política.



D. José Motta, nuevo presidente de la Confederación Helvética. (Fot. de Berliner Illustrations-Gesellschaft.)

El nuevo ministro de Gracia y Justicia D. Manuel de Burgos, nacido en Huelva en 1863, figuró en política desde su juventud. En 1893 fué elegido por vez primera diputado a Cortes y desde entonces representó sin interrupción a la capital onubense en el Parlamento hasta que en el actual juró el cargo de senador vitalicio.

Ha sido director general de Gracia y Justicia del ministerio de Ultramar en 1897, en el gabinete Azcárraga; en 1899 director general de Prisiones con el gobierno del Sr. Silvela, y posteriormente, subsecretario de Gracia y Justicia y director general de Obras Públicas, habiendo demostrado en el desempeño de todos estos cargos clara inteligencia, gran laboriosidad y sólida cultura.

D. JOSÉ MOTTA

El nuevo presidente de la Confederación Helvética cuenta cuarenta y tres años y pertenece al partido conservador católico; es un orador elocuente y tiene un corazón entusiasta que siempre se ha inspirado en los más nobles ideales patriótico, moral y religioso.

Ha sido el colaborador constante del presidente saliente Sr. Hofmann y uno de los miembros más



Excmo. Sr. conde de Esteban Collantes, nuevo ministro de Instrucción Pública



Excmo. Sr. D. Manuel de Burgos, nuevo ministro de Gracia y Justicia. (Fots. de nuestro reportero Vidal.)

escuchados en el Consejo Federal, sobre todo en la preparación de las medidas encaminadas a garantizar la independencia y la neutralidad del territorio suizo con motivo de la actual conflagración europea.

BARCELONA. — EN EL CÍRCULO ARTÍSTICO
El Círculo Artístico de esta ciudad celebró el día

tán general de esta región Sr. Villar y Villate, el alcalde Sr. Boladeres, el exultán de Marruecos Muley Háfid con su séquito, el teniente de alcalde señor

necesarias para la realización de los fines de la sociedad. En la Exposición figuran notables obras de nuestros más conocidos artistas.



Barcelona. — Inauguración del nuevo local del Círculo Artístico y de la Exposición general de Arte con este motivo organizada en el mismo (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

3 de los corrientes con gran solemnidad la inauguración del nuevo local en donde recientemente se ha instalado y el acto de apertura de la Exposición general de Arte organizada con motivo de dicha inauguración.

Asistió a la fiesta una concurrencia tan selecta como numerosa, en la que figuraban, además de casi todos los artistas de esta capital y de muchas y muy elegantes y distinguidas damas y señoritas, el capi-

Muntañola, el presidente de la Junta de Museos y director de la Escuela de Artes y Oficios y Bellas Artes Sr. Fuxá, el secretario y los vocales de dicha Junta Sres. Pirozzini, Rogent y Rodríguez Codolá, y otras personalidades conocidas de la alta sociedad barcelonesa.

El nuevo local del Círculo Artístico es espléndido, está decorado e instalado con tanta riqueza como buen gusto y contiene todas las dependencias

Hicieron los honores de la casa con exquisita amabilidad el presidente del Círculo, el ilustre pintor y asiduo y querido colaborador de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA D. Carlos Vázquez, y los individuos de la Junta Sr. Cardunets, Rosich, Lizana, Raich, Roca, Casas Abarca (P.), Herrau, Moisés, Augé, Borrás, Fuster, Galofre Oller, Gomis y Vingut.

Un quinteto amenizó la fiesta, que resultó en extremo agradable.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

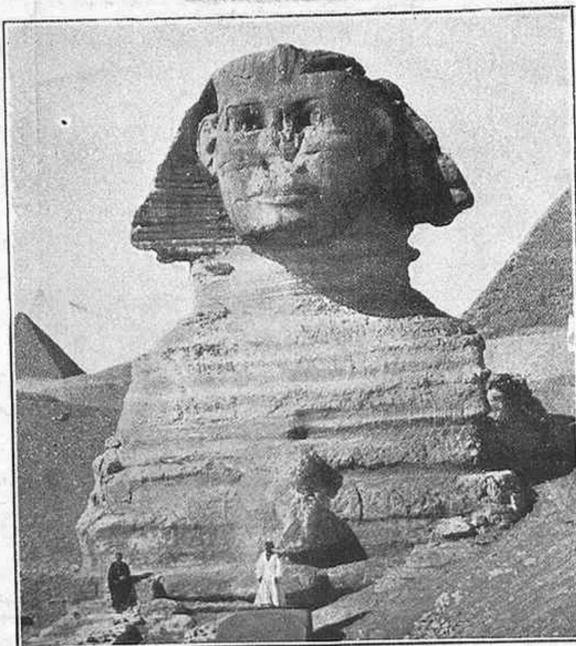
POR AUTORES O EDITORES

LA CONGREGACIÓN DE HIJAS DE MARÍA. — Ideales, normas, prácticas y documentos de las Congregaciones Marianas, por el P. Juan B. Juan (S. J.) — El autor de este libro, que responde a una verdadera necesidad en orden a las colectividades piadosas, estudia la Congregación desde su principio y en su naturaleza y esencia, enseña a plantearla y a darle vida y crecimiento, sigue todas sus evoluciones, así las que se refieren a su ser interno como las que se manifiestan exteriormente, y no para hasta presentarla en toda su magnificencia. Las

Hijas de María, sus celosos directores y cuantas personas han escrito sus nombres en el álbum de las asociaciones de piedad, hallarán en esta obra las orientaciones que han de seguir, las obras que han de practicar, los medios que para ello han de elegir, los escollos que necesariamente han de evitar, etc., todo ello expuesto en forma clara, sencilla y metódica. Un tomo de 460 páginas editado en Barcelona por D. Gustavo Gili; precio, 3'50 pesetas en rústica y 4'50 encuadernado en tela inglesa con plancha de oro.

TRATADO POPULAR DE FÍSICA, por los Dres. Kleiber y Karsten. Versión del Dr. Estalella. — Se ha publicado la segunda edición de este importante libro, y la rapidez con que se ha agotado la primera permite asegurar a ésta un éxito cre-

ciente. Trátase de un manual al alcance de todo el mundo con numerosas figuras, ejemplos y problemas resueltos, de aplicación a la industria y a la vida práctica, merced al cual, así el industrial como el obrero, el médico como el arquitecto, sin necesidad de más conocimientos matemáticos que los elementales, y con maestro o sin él, pueden iniciarse en los estudios físicos y aplicarlos con toda seguridad a las necesidades de la industria y de la vida cotidiana. Las características de este libro, que ha sido declarado de texto en muchos centros docentes, son la precisión en los conceptos, el espíritu práctico y la concisión del lenguaje llevada al mayor extremo compatible con la claridad. Un tomo de 580 páginas con 485 grabados editado en Barcelona por D. Gustavo Gili; precio, 6 pesetas en rústica y 7 encuadernado en tela.



EGIPTO. — LA GRAN ESFINJE DE GIZÉH

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra Casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las artes suntuarias, tanto por su interesante texto cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se compone de los tomos siguientes, que se venden juntos o separados a pagar a plazos mensuales:

HISTORIA DE LA PINTURA Y ESCULTURA. — En todas las épocas y escuelas, con noticias biográficas de los artistas más ilustres. — Un tomo con 1.157 grabados intercalados en el texto y 49 láminas sueltas, algunas de ellas preciosas cromolitografías. Se vende a setenta y cinco pesetas, lujosamente encuadernado.

HISTORIA GENERAL DEL TRAJE. — Forma dos tomos, que constan de 300 páginas de texto y de 240 bellísimas cromolitografías dibujadas por el celebrado artista Federico Hottenaoth. Se venden, artísticamente encuadernados, al precio de ciento quince pesetas.

HISTORIA DEL MUEBLE, TEJIDO, BORDADO Y TAPIZ, METALISTERÍA, CERÁMICA Y VIDRIOS. — Esta interesante parte de nuestro libro, lo mismo que las anteriores, va ilustrada con numerosos y perfectos grabados, que representan los mejores tipos de los muebles, tejidos, bordados y tapices, objetos de metal, de loza y porcelana. Se vende encuadernada al precio de setenta pesetas.

LA ORNAMENTACION. — Estudio analítico de los elementos que la integran y sintético de sus diferentes evoluciones a través de los principales estilos, ilustrado con 115 láminas tiradas aparte y variedad de grabados intercalados en el texto. Se vende encuadernado al precio de setenta pesetas.

HISTORIA DE LA ARQUITECTURA. — Tres tomos profusamente ilustrados con grabados intercalados y láminas sueltas en negro y colores. Se vende, artísticamente encuadernada, al precio de ciento sesenta pesetas. — Los pedidos a los editores de la obra, Sres. Montaner y Simón, Barcelona.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN